

# PRODUCCIÓN SOCIAL DE LOS ESPACIOS PÚBLICOS Y HERMENÉUTICA DE LA VIDA URBANA

Ana María López Rojas\*  
Mauricio Vásquez\*\*

## SÍNTESIS

*El presente texto plantea algunas consideraciones sobre la idea de producción social del espacio público y su configuración como espacio político a través de dos disposiciones de los actores sociales: dramaturgica y escenográfica.*

*A partir de éstas es posible leer las relaciones de poder que se establecen entre los procesos de planificación urbana y los usos y apropiaciones de los espacios públicos.*

*Al mismo tiempo se esboza una perspectiva investigativa que permite considerar en su dimensión comunicativa y simbólica los procesos que tienen lugar en los espacios públicos urbanos.*

**DESCRIPTORES:** *Espacio público, comunicación política, hermenéutica de la vida urbana.*

## ABSTRACT

*The present text, proposes some considerations about the idea of social production of public space and its configuration as political space through two dispositions of social actors: playwright and scenically.*

*Starting from these dispositions it is possible to read the relationships of power established between the processes of urban planning and the uses and appropriations of the public spaces.*

*At the same time an investigative perspective is sketched, it allows to consider in its communicative and symbolic dimension, the processes that take place in the urban public spaces.*

**DESCRIPTORS:** *Public space, political communication, hermeneutics of the urban life.*

## SUSTRATOS POLÍTICOS EN LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO

Los procesos de renovación urbana más habituales en la región y en el país, apuntan con frecuencia a una producción vertical del espacio público, es decir, se constituyen en intervenciones al margen de los usos,

significados, prácticas y modos de habitar de los ciudadanos, además de lo cual se vetan los ámbitos de participación en la definición formal y funcional de los espacios a intervenir; de tal manera que éstas parecieran ser intervenciones que buscan constantemente la despolitización y desempoderamiento de la sociedad

\* Comunicadora Social y Periodista. Coordinadora del Laboratorio de Comunicación del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Católica Popular del Risaralda. anamaria@ucpr.edu.co

\*\* Licenciado en Filosofía y Letras. Maestría en curso en Educación y Desarrollo Humano CINDE - Universidad de Manizales. Maestro del Programa de Comunicación Social y Periodismo. Universidad Católica Popular del Risaralda (Pereira). capitanplaneta80@yahoo.com

Recepción del Artículo: 30 de Enero de 2007. Aceptación del Artículo por el Comité Editorial: 1 de Marzo de 2007.



civil frente a la determinación de sus espacios públicos, sometiendo al espacio urbano en dinámicas meramente comerciales, no ajenas a otras dinámicas de planificación urbana que van desde la París de Napoleón y Haussman y el nacimiento de los bulevares comerciales, hasta los diversos procesos de reconfiguración urbana implementados tanto en Norteamérica como en Latinoamérica y Europa.

Estas dinámicas se reproducen en las múltiples intervenciones que se desarrollan en Colombia (desde El Cartucho con el parque Nuevo Milenio hasta la antigua Galería pereirana, hoy Ciudad Victoria), sentando las bases estéticas, políticas y económicas que dan paso a la *producción espacial urbana* como campo de disenso y como ámbito para la escenificación de un nuevo poder: el poder urbano, un poder que ya no se encuentra concentrado en una clase social determinada, ni puede situarse por entero en lo local, sino que se constituye en el ingreso de agentes “deslocalizados” que, en un nuevo sentido “colonizan”, presionan e insertan nuevas funciones al espacio público y social.

convertirlo en espacio de intercambio comercial, turismo y consumo, que devienen en la construcción *aparente* de una ciudad sin ciudadanía y de un tejido urbano sin residentes ni habitantes “ociosos”, esto es, dispuestos al encuentro social por fuera del interés y del negocio.

De esta manera, a la vez que se aumenta la belleza formal, se normalizan y homogenizan los espacios sociales, se regulan los rituales de participación en la vida pública, se reconfiguran los escenarios de encuentro, comunicación y construcción de diferencias e identidades, lo que se concreta en la invisibilización de los problemas estructurales y en la segmentación de lo social expresada en la división entre grupos que pueden acceder a los rituales y dinámicas de encuentro propiciadas en los escenarios de consumo y los que no comparten los códigos y signos de reconocimiento que les permiten insertarse en tales escenarios, tal y como lo indican Antonio Negri y Michel Hardt:

Las tendencias de la arquitectura urbana en las megalópolis mundiales demuestran un aspecto de estas nuevas segmentaciones. A medida que los niveles de riqueza y pobreza han aumentado y la distancia física entre ricos y pobres ha disminuido en ciudades globales como Los Ángeles, San



Lo anterior apunta a una transformación del espacio público como ámbito de comunicación, uso, habitación y concertación política para

Pablo y Singapur, se han tenido que elaborar medidas para mantener su separación. Los Ángeles tal vez sea el líder en lo que Mike Davis llama «arquitectura de fortaleza», con la cual no sólo los hogares privados sino también los centros comerciales y los edificios gubernamentales crean ambientes internos libres y abiertos mediante la creación de un exterior cerrado e impenetrable. Esta tendencia en planeamiento y arquitectura urbana ha establecido en términos físicos, concretos, lo que antes denominábamos el fin del exterior, o la declinación del espacio público que posibilitó la interacción social abierta y no programada. (Negri y Hardt: 2000, p. 286-287)

Así, se están reconfigurando espacialmente las relaciones entre público y privado, permeándose mutuamente ambas esferas con respecto a las separaciones tajantes entre el adentro como espacio de aparición para lo privado y el afuera como ámbito de configuración de la experiencia pública.

En todo caso, lo que se introduce es un movimiento globalizante que coincide con la voluntad de homogeneización y privatización de las esferas públicas y con los espacios públicos o que persisten en un

ejercicio de deshabitación y *estetización* forzada de dicho ámbito y que al mismo tiempo obligan una reconfiguración de lo político en las ciudades contemporáneas, bien sea a través de la implantación de usos comerciales y turísticos del espacio público o de la implementación de procesos de “recuperación social” de las ciudades que “limpian” su imagen sin realizar cambios estructurales significativos; esto es, cambiando de lugar simplemente la expresión de problemas como la pobreza, la alimentación y la educación.

En palabras de Richard Ingersoll: “El turismo ha transformado los justamente admirados espacios públicos y edificios de la ciudad en famosos artículos de consumo” a lo que agrega posteriormente: “Un sentimiento que surge de la palpable contradicción entre el poder que se encierra en esa arquitectura y la absoluta incapacidad que la ciudad experimenta para participar en el mundo moderno si no es con una imagen espléndida y mercantilizada”, para finalizar afirmando que: “(...)el turismo se está convirtiendo en uno de los pocos usos legítimos del espacio urbano, y el turista, alguien que por definición no pertenece a una comunidad, es concebido como el sujeto ideal de la arquitectura, lo cual plantea un problema de orden político” (1996, pp.14-15)



De esta manera, es evidente que las configuraciones del espacio público, más que intervenciones inocentes se constituyen en el privilegio de ciertos usos y sentidos de éste sobre otros, los cuales configuran y soportan posturas acerca de lo político que, implícita o explícitamente, estimulan o impactan ciertas prácticas de ciudadanía.

Por otra parte, la gentrificación de los espacios públicos, al igual que la peste en el siglo XVIII según lo mostró Michel Foucault (1), se convierte en el detonante perfecto para amplificar los dispositivos de control social, de tal manera que los procesos de renovación urbana hallan asiento y sustentación en la recuperación de un sector, utilizando como excusa la dotación de seguridad de dichos espacios y aprovechando simultáneamente los imaginarios del terror connaturales a estos.

Pese a lo anterior y puesto que los espacios arquitectónicos no son autosuficientes con respecto a las prácticas sociales, la determinación de lugares públicos sin actividad ciudadana los convierte en nuevos recipientes del miedo y la reserva, pues el cambio físico de los lugares, no representa, necesariamente, un cambio en las dinámicas de apropiación cultural y simbólica, en las prácticas y modos de habitación y

recorrido, ni mucho menos en los imaginarios que circundan los espacios públicos.

## **DOS MODALIDADES DE ACTUACIÓN POLÍTICA: LA DRAMATÚRGICA Y LA ESCENOGRÁFICA**

Los procesos de renovación urbana y la planificación de la ciudad se convierten en operaciones de cálculo escenográfico de espacios públicos expresados en cambios de funciones, usos y modos de habitación de los mismos, determinando regímenes de visibilidad e invisibilidad y escalas de valoración de lo que es considerado como bello o feo por un sector social que, en otros términos, establece lo que debe y cómo debe ser visto en el espacio público, convirtiéndolo en una especie de postal, de fachada turística, que coopta la variabilidad estética y la capacidad de mutación que caracteriza los espacios públicos en sociedades urbanas contemporáneas, reduciendo las demandas de la sociedad civil y su vocación en ámbitos democráticos para la accesibilidad y la multiculturalidad, es decir, para abrir lugar a múltiples formas de ser y por ello, de aparecer.

Visto así, estas formas de *renovación* urbana son herederas del proyecto y modelo modernos de ciudad, de



tal manera que coinciden en el hecho de que “los espacios urbanos creados por el modernismo son físicamente limpios y ordenados, pero están social y espiritualmente muertos” (BERMAN: 1991, p.171), asunto que remarca una tendencia claramente reticulante, mecanicista y ordenadora que desconoce la complejidad producida por los modos de habitar presentes en las dinámicas de autoorganización de la multitud urbana, producto no deseado, rostro oculto del mismo proceso histórico moderno. No obstante, la reiteración de estas modalidades de ocupación de lo público y la regularidad de estas formas de intervención espacial, determinan las condiciones actuales de las sociedades urbanas así como las prácticas políticas soportadas, más que incidentalmente, en situaciones urbanas que implican movilidad, fragilidad, deslocalización, variabilidad y adaptación.

Es aquí donde, en el intersticio presente entre la transformación de referentes espaciales y su configuración como nuevo escenario de actuación social, económica, junto con la intervención urbana, configuran una situación de cambio que refiere las dinámicas de producción política del espacio público y los contrastes entre el poder urbanístico y la capacidad de reconfiguración de las prácticas políticas de los usua-

rios y habitantes de la ciudad.

Así, en palabras de Isaac Joseph: “Los cambios del paisaje van de la mano de los cambios de uso y traducen la apertura del territorio local, ya sea central o periférico, al orden de las redes” al mismo tiempo que “(...)El habitante ha visto cómo se transforman las formas del paisaje urbano y las condiciones de su vida pública (...)Lo que ha cambiado es la propia cosa pública, es decir la *materia* misma del entorno estético y del orden cívico(...)”(1999, p.7).

Los cambios en el paisaje urbano evidencian disposiciones políticas desde las cuales se actúa en el ámbito de la ciudad y posiciones desde las cuales discurre el cambio: en primer lugar como “sociedad” y en segundo lugar como “administración”. Ambas plantean lugares distintos desde los cuales se establecen modalidades diferenciales de actuación política. De esta manera nos es posible observar desde dos perspectivas los modos de uso y reconfiguración de los sentidos de ciudad y ciudadanía a partir de las transformaciones del espacio público evidenciadas desde dos puntos de referencia: uno, escenográfico, concerniente a las administraciones, y el otro, dramático, correspondiente a los habitantes ciudadanos.



En primera medida, desde la perspectiva administrativa hallamos una comprensión de la ciudad como dispositivo de enunciación política que demanda tecnologías y adecuaciones *escenográficas*, las cuales convierten las ciudades bien en lugares museo, a través de la patrimonialización de su arquitectura; en ciudades turísticas, tras la reconfiguración del espacio urbano como un gran parque temático; o en ciudades comerciales, que concentran su actividad en el flujo humano para la compraventa de mercancías. Desde aquí, a partir de los planteamientos realizados por Michel De Certeau en el aparte que propone un tránsito “Del concepto de ciudad a las prácticas urbanas” comprendemos cómo la “administración” de la ciudad

(...) se combina con una eliminación. Por un lado, hay una diferenciación y redistribución de partes y funciones de la ciudad, gracias a trastocamientos, desplazamientos, acumulaciones, etcétera; por otro, hay rechazo de lo que no es tratable y constituye luego los “desechos” de una administración funcionalista (anormalidad, desviación, enfermedad, muerte, etcétera) en medios de los cuales valerse para apretar las redes del orden (CERTEAU 2000, p.105-107).



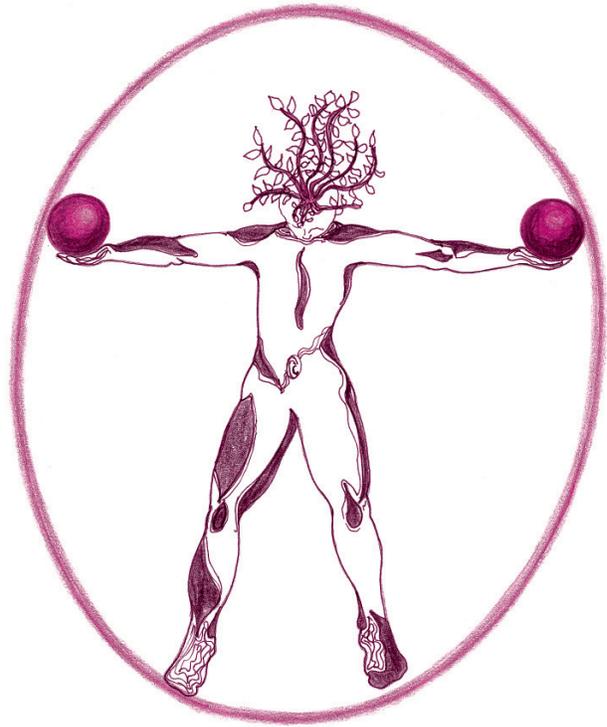
Esta postura, este lugar de enunciación, presupone situarse en una posición en la que se dispone del poder de decisión para transformar y alterar los espacios; del conocimiento instrumental para poner en marcha y hacer efectivas las tecnologías y los efectos escenográficos, las posiciones y disposiciones de los elementos de mobiliario urbano y el suficiente flujo de recursos para borrar la historia escrita sobre la piel de las ciudades. Con lo que es posible aseverar que: “Las cualidades sensibles, luminosas y sonoras, por ejemplo, son a la vez dispositivos contruidos que equipan el espacio o lo crean como escenografía” (Joseph: 1999, p.22).

De esta manera, como lo relata Marshall Berman (1991, p.150), estas dinámicas fundan lo moderno como en el caso de la renovación de la París del siglo XIX en la que Napoleón III y el Barón Haussman escenifican un nuevo planteamiento de ciudad en el que “Los bulevares eran sólo una parte de un amplio sistema de planificación urbana, que incluía mercados centrales, puentes, alcantarillado, abastecimiento de agua, la Ópera y otros lugares destinados a la cultura, una gran red de parques (...)” de tal suerte que “La nueva construcción echó abajo cientos de edificios, desplazó a miles de personas, destruyó ba-

rrios enteros que existían desde hacía siglos” de cara a fundar un nuevo rostro y una nueva actividad social y comercial para la capital francesa de aquella época.

Con esto queda claro que los procesos de modernización y la planificación, desde comienzos de su acción sistemática en el siglo XIX engendraron y siguen produciendo tensiones entre la capacidad de reordenar y reambientar los territorios y, la superposición de ello a los usos, sentidos, funciones con las que dotan a los espacios los habitantes preexistentes, es decir sus *usuarios* y *practicantes*. Por esto, nos referimos desde la perspectiva de Isaac Joseph al “lenguaje de la escenografía” como lenguaje de la actuación política que tiende “(...) a vaciar el espacio para no conservar más que la observabilidad y sus variantes” (1999, p.14).

Entramos así, en la segunda postura que se define como una disposición dramaturgica, más que escenográfica, en la que los habitantes se constituyen en agentes que recualifican los espacios públicos, los resemantizan y actualizan a través de los usos y apropiaciones, más allá de las funciones para los cuales estos fueron creados, de tal manera que “De la vivencia de lo público se derivan sociedades instantáneas, muchas veces casi microscópi-



cas, que se producen entre desconocidos en relaciones transitorias y que se construyen a partir de pautas dramaturgicas o comediograficas —es decir basadas en una cierta teatralidad—, que resultan al mismo tiempo ritualizadas e impredecibles, protocolarias y espontáneas” (Delgado: 1999, p. 13).

Los usos de los practicantes urbanos adecuan y resignifican las disposiciones escenograficas de los espacios, varían las funciones, las actualizan, las resisten o las reacondicionan a través de prácticas de improvisación facilitadas por el registro de mobiliarios existentes y la disposición misma de las escenas y los escenarios urbanos.



Esta postura nos permite recusar la perspectiva que victimiza al habitante urbano y que plantea la práctica del poder como vertical, esto es, definida desde lo administrativo hacia sus administrados. Por el contrario, son los habitantes ciudadanos los que reconfiguran paulatinamente, tras los cambios físicos y escenográficos, los nuevos usos, recorridos y prácticas políticas de ciudad. Son las prácticas urbanas generadas por los cambios de plataforma de actuación para los actores sociales, las que determinan un espacio para ampliar su capacidad dramaturgica, hecho que se convierte en el verdadero potencial político que reinscribe las voluntades colectivas sobre el espacio modificado y aplanado de la ciudad, introduciendo nuevas rugosidades, fisuras y penetrando con nuevas disposiciones estéticas y políticas los lugares vacíos de la urbanización de la asepsia.

Por esto, cuando hablamos de regeneración urbana, hablamos no sólo del ejercicio del poder vertical desde la administración pública, sino de un *acontecimiento* de resignificación del espacio urbano que también posibilita a partir de sus antiguos habitantes nuevas maneras de experimentar lo público y la ciudad, que se convierte, además, en ocasión de reclamo, expresión y participación. En últimas, de la experimentación de la posibilidad de nuevos ejercicios de

ciudadanía y nuevas prácticas de lo político traducidas en construcciones de subjetividad que desbordan las antiguas determinaciones de clase social y hacen eco de nuevas capacidades de empoderamiento y acción política, enmarcadas en semánticas que hacen que:

(...) el individuo se transforme en *actor* que se inserta en unas relaciones sociales transformándolas(...) Porque el actor no es aquel que actúa conforme al lugar que ocupa en la organización social, sino que modifica el entorno material y sobre todo social en el que está colocado al transformar la división del trabajo, los modos de decisión, las relaciones de dominación y las orientaciones culturales(...) Por lo tanto, es natural que las ciencias sociales hayan abandonado poco a poco su antiguo lenguaje determinista para hablar cada vez con más frecuencia de actores sociales. (Touraine: 1993, p. 268)

Así, la tensión entre una ciudad potencia de escenario y una ciudad en potencia de uso, práctica, actuación y actualización por parte de sus habitantes, configuran el espacio discursivo de aproximación a lo urbano contemporáneo, situación que redefine necesariamente los sentidos y significados asociados a lo



público y a lo político además de los sentidos de ciudad y ciudadanía necesariamente contiguos a estas consideraciones.

### **HERMENÉUTICA DE LA VIDA URBANA: UNA METODOLOGÍA POSIBLE PARA LA APROXIMACIÓN A LOS USOS DEL ESPACIO PÚBLICO**

La naturaleza particular y los matices de la vida urbana contemporánea aunados a la transformación radical que han sufrido las Ciencias Humanas y Sociales tras lo que ha sido denominado “la crisis de los metarrelatos teóricos”, configuran un escenario propicio para la implementación y experimentación de nuevas rutas conceptuales y metodológicas en el ejercicio investigativo centrado sobre las dinámicas sociales y políticas que tienen como principal escenario de aparición el espacio público, ello como respuesta a las formas de planificación vertical de los espacios y a su comprensión como escenarios de práctica social instituyente.

Desde el situacionismo francés y la Escuela de antropología urbana de Chicago, pasando por las reflexiones de los filósofos Henri Lefebvre, Marshall Berman, Isaac Joseph, hasta llegar a las corrientes contempo-

ráneas de sociología y antropología urbanas lideradas por Manuel Castells y Manuel Delgado, se nos proporciona un horizonte interdisciplinario amplio, cargado de reflexiones e instrumentales metodológicos de la más diversa procedencia: periodismo, literatura, cine, etnología, artes visuales, semiótica, entre otros campos disciplinares y espacios de construcción narrativa, los cuales conducen, necesariamente, a cierta heterodoxia disciplinar y su consecuente sincretismo metodológico impelido “(...)justamente por la obligación que los mecanismos de urbanización imponen a los elementos sociales copresentes a un movimiento continuo que no podía producir, al buscador de estructuras estables, otra cosa que instantáneas “movidas””(Delgado: 2002, p. 9).

De esta manera, dada la naturaleza misma del fenómeno a estudiar, se hace necesario apelar a herramientas que nos permitan en el dinamismo de los acontecimientos urbanos, capturar los sentidos, prácticas y formas de lo político en producción y emergencia permanente, con lo cual optaríamos más que por los macrodiscursos de la ciudadanía y la ciudad, por los microrrelatos que dan cuenta del acontecer de las ciudades desde la perspectiva de pequeños grupos de usuarios y habitantes, tras el advenimiento de una situación de transformación



que obliga, además de la manifestación de formas disímiles de creatividad social, a nuevas configuraciones de lo político retratadas en microdiscursos y narraciones que se producen en los intervalos de vida ganados para la memoria entre la movilidad, la desterritorialización y reterritorialización de los espacios y hábitats de la ciudad, hecho que propone:

(...) una ruptura con la Historia de la Ciudad en sentido lineal y universal, lo que implica también una ruptura con los macrodiscursos de las teorías racionales de la arquitectura y de la ciudad, para comenzar por comprender sus formas dentro de historicidades propias, singulares y dentro del imaginario cotidiano que tienen sus habitantes. A un macrodiscurso sobre la Ciudad (con mayúscula), le enfrentamos las imágenes que se tienen de cada ciudad específica, imágenes que son el tejido de sueños, deseos y realidades; imágenes que son composiciones cambiantes de la experiencia del habitar la ciudad. La ciudad, más que un discurso conceptual, se expresa en diversas esteticidades sociales con los lenguajes (...) propios del fin del segundo milenio. Estos imaginarios de ciudad son las ciudades que día a día vivimos y una ética ciudadana debe partir de la comprensión

de estos imaginarios-imágenes, para poder resignificar los valores que constituyen el tejido complejo de la cultura urbana (Noguera: 2004, p.157).

En este horizonte, se propone una particular incitación a ocuparnos de los eventos, acontecimientos y situaciones sociales como materia constituyente de los espacios públicos y como actividad social configurante de lo urbano en sentido estricto. Esto, como posibilidad investigativa frente a las acciones de planificación de la ciudad instituida y como exploración de las actividades instituyentes que con creces la desbordan.

Tomando como base esta incitación hermenéutica hacia la descripción y comprensión de lo urbano como dominante de la vida social y política contemporánea, se configura lo que ha sido denominado, desde distintos autores, como un ejercicio bien sea etnográfico, bien sea fenomenológico o *hermenéutico* de la vida urbana, que exige una disposición en la que se hace necesario, nuevamente según lo propone Noguera, indagar “por medio de un ejercicio retórico hermenéutico estos fenómenos”, ello “más como un pintor o un escultor, que como un científico; más como una suerte de narraciones que como un metarrelato omniabarcante; más como el ‘hom-



bre de la cámara' que sale todos los días a registrar en ella los acontecimientos de una esquina, un parque o una calle" (2004, p. 128-129).

Con ello, esta práctica investigativa se halla ante la necesidad de capturar lo fugaz y momentáneo de la vida urbana, lo cambiante de sus territorios y las disposiciones políticas que ello genera. Disposiciones en las que los sentidos de comunidad se disipan en la movilidad y las actividades políticas, esto es, de negociación y transformación de los términos del encuentro con otros, y en las que las distintas formas de configuración de lo político hallan mayor efervescencia, dinamismo y por ello sus manifestaciones son efímeras.

De esta manera, los vínculos fuertes de las sociedades tradicionales son progresivamente sustituidos a la vez por la densidad y la complejidad, así como por la instantaneidad y la precariedad, síntomas más que de una desaparición de lo social, de una redefinición y cambio necesario de sus marcos de interpretación y de las maneras en las que se conciben las aproximaciones a lo político. Así:

Hacer una hermenéutica de la ciudad, es, entonces, una tarea de educación ciudadana que abre puertas hacia una nueva ética. Para ello, es

importante comprender e interpretar la ciudad como ciudad flujo, como ciudad plétora de actores y escenarios que fluyen en las tramas semiósicas urbanas, en las tramas lenguágicas que permiten la construcción de efímeros lugares (Noguera: 2004, p.154).

Por esto mismo es necesaria una actitud interpretativa que no se soporte sobre presupuesto alguno acerca de las maneras en las que deba darse bien sea lo social o lo político, según sea el caso, y que favorezca el uso de instrumentos flexibles, abiertos a la pluralidad de discursos interpretativos y narrativas que permiten las distintas maneras del habitar en nuestras ciudades. Apertura a lo inopinado del relato del instante, a la observación cotidiana y distraída de lo que pasa en y con los lugares públicos, a los giros vertiginosos de las situaciones en los que no existen vencedores ni vencidos, pero que configuran oportunidades para la subjetivación y autoconstitución como actores políticos capaces de entablar diálogos y expresar eficazmente los requerimientos como usuarios y habitantes de lo público y la ciudad, además de introducir modificaciones sustanciales por medio del poder que brinda reconocerse como practicantes implicados en un espacio de vida.



Esta postura investigativa reclama, además de lo anterior, la capacidad de sustraernos a la tajante separación, típicamente moderna, entre sujeto y objeto de investigación, lo cual abre caminos posibles ante la implicación en un tema y un escenario de diario recorrido y la vinculación con los lugares de indagación, permitiendo visibilizar las propias apreciaciones con respecto a la cuestión materia de estudio y haciendo al investigador agente activo y propositivo en la situación de conflicto.

De tal manera que “una actitud hermenéutica puede sernos de gran utilidad como inicio de una investigación sobre un fenómeno urbano, en el sentido del no juzgar a priori, sino de construir valores de vida urbana a partir de la comprensión y no de la imposición” (Noguera: 2004, p. 166).

Sobre esta propuesta se dibuja un horizonte de posibilidades para la redefinición de lo que se ha entendido tradicionalmente como urbanismo, situándonos ante el imperativo de considerar las relaciones espaciales como una trama compleja de condiciones tanto materiales como culturales, simbólicas y comunicativas que deben considerarse y estudiarse como condición de posibilidad para las acciones de reforma del espacio público que es, por definición, esce-

nario de configuración de lo político tanto en el movimiento y las acciones de sus habitantes como en la deliberación y la argumentación típicas de la ciudadanía.

## NOTAS

1. “He aquí, según un reglamento de fines del siglo XVIII, las medidas que había que adoptar cuando se declaraba la peste en una ciudad. En primer lugar, una estricta división espacial: cierre, naturalmente, de la ciudad y del ‘terruño’, prohibición de salir de la zona bajo pena de la vida(...); división de la ciudad en secciones distintas en las que se establece el poder de un intendente(...) A la peste responde el orden; tiene por función desenredar todas las confusiones: la de la enfermedad que se transmite cuando los cuerpos se mezclan; la del mal que se multiplica cuando el miedo y la muerte borran los interdictos. Prescribe a cada cual su lugar, a cada cual su cuerpo, a cada cual su enfermedad y su muerte, a cada cual su bien, por el efecto de un poder omnipresente y omnisciente que subdivide él mismo de manera regular e ininterrumpida hasta la determinación final del individuo, de lo que lo caracteriza, de lo que le pertenece, de lo que le ocurre”. (Foucault: 1981, p. 124)



## BIBLIOGRAFÍA

- BERMAN, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI Editores, Bogotá, 1991.
- CERTEAU, Michel De, *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 2000.
- DELGADO, Manuel, *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*, Editorial Anagrama, 199
- DELGADO, Manuel, Etnografía del espacio público, *Revista de Antropología Experimental*, ISSN: 15784282, número 2, 2002, en: <http://www.ujaen.es/huesped/rae/2002/articulos/manueldelgado02.htm>.
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI Editores, México, 1981.
- HARDT, Michel; NEGRI, Antonio, *Imperio*, Traducción: Eduardo Sadier, De la edición de Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 2000.
- INGERSOLL, Richard, «Tres tesis sobre la ciudad», en: *Revista de Occidente*. No. 185, 1996.
- JOSEPH, Isaac, *Retomar la ciudad. El espacio público como lugar de la acción*, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 1999.
- NOGUERA, Patricia, Estéticas ambientales urbanas, en: *El reencantamiento del mundo*, PNUMA-Universidad Nacional, Manizales, 2004
- TOURAINE, Alain, *Crítica de la modernidad*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1993.



